

INTRODUCIENDO A LA ANTROPOLOGÍA POLÍTICA

A propósito de la traducción del libro 'Antropología Política' por H. J. M. Claessen.

por Esteban Krotz

A comienzos de 1980 se avisó en el suplemento literario de un diario capitalino la aparición del libro *Antropología Política* del antropólogo holandés Henri J. M. Claessen⁽¹⁾. Sin embargo, inexplicablemente, este libro, editado conjuntamente por el Instituto de Investigaciones Jurídicas y el Instituto de Investigaciones Antropológicas, no puede conseguirse hasta la fecha en ninguna librería y ni siquiera en las librerías de la propia UNAM se sabe de su existencia. Esto es una lástima, ya que esta obra constituiría un complemento útil a la literatura de cursos introductorios a la materia. Su original holandés se publicó en 1974 y, según lo indica un largo "estudio preliminar" (que constituye más bien una especie de paráfrasis), "la edición española fue puesta al día por el autor", suprimiendo parte del texto original y añadiendo varios párrafos (:XLV).

El trabajo, que abarca 166 páginas (más 21 páginas de bibliografía) se divide en una introducción y tres partes. La primera (:11-68) esboza el desarrollo de la antropología política desde sus precursores en el siglo XIX hasta el estructural-funcionalismo de los años 50; la segunda parte señala las interrelaciones entre la política y lo sagrado, el parentesco y la base material de las sociedades (:71-131), mientras la tercera contiene consideraciones sobre la evolución de los sistemas políticos y sobre los cambios políticos en los países del Tercer Mundo durante los decenios más recientes (:135-166).

Antes de entrar a consideraciones más detalladas sobre la

estructura del estudio y su contenido, se imponen, empero, unos comentarios sobre aspectos más bien externos al texto. Ante todo, el cuidado de la edición deja mucho que desear. Las faltas tipográficas u ortográficas son frecuentes (lo más llamativo es que en las páginas 57 a 59 la palabra coalición se escribe once veces como coalsión). La traducción parece haberse fijado como meta la introducción definitiva del *Spanglish* a las ciencias sociales mexicanas ya que —particularmente en la primera parte— abundan las palabras inglesas no traducidas. En principio parece buena idea familiarizar al estudiante con conceptos teóricos y términos técnicos en su versión original, especialmente cuando se trata de palabras difíciles de traducir, pero aquí se procede al revés y aún después de haberse señalado el significado castellano se sigue mencionando frecuentemente el vocablo inglés.⁽²⁾ Varias veces el texto parece tan extraño que el lector no sabe si se trata de enunciados crípticos del autor, errores del traductor o descuido del editor y cualquiera de las sospechas encuentra amplio apoyo. ¿Qué será, por ejemplo, "el marco de estructura funcionalista" (:21)? ¿Por qué se traduce *action set* como "acción de conjunto" cuando más bien debería decirse "conjunto de acción" (:55)? O, ¿por qué se hablará de una tal Margaret Smith (:XVI; 167), cuando la bibliografía conoce solamente a un "M. G. Smith" quien, según opinión generalizada es Michael Smith? Finalmente la bibliografía señala sólo dos veces que obras inglesas, holandesas o alemanas han sido traducidas al castellano,

cuando al menos de treinta obras más se hubiera podido hacer este señalamiento. Ello es tanto más lamentable cuanto reduce mucho para el lector la posibilidad de operar como trabajo introductorio, "una base a partir de la cual cualquier persona interesada en estos temas podrá continuar" (:1).

Después de unos brevísimos comentarios sobre "los precursores" (capítulo 1), es decir, sobre Mine, Morgan, Marx y Engels (lamentablemente sin considerar todavía la edición de los *Cuadernos etnográficos* de Marx y los estudios de L. Kradler al respecto), Oppenheimer, Thurnwald, Westermann y Lowie, Claessen arriba con Malinowski en el siglo XX, señalando que el tema de la política no había estado presente en la tradición estructural-funcionalista hasta alrededor de 1940.

El capítulo 2 ("Los fundadores") arranca, por consiguiente con la reseña de los *Sistemas Políticos Africanos*, libro editado en 1940, y su influencia sobre los trabajos posteriores de Middleton y Tait, Schapera y Mair que, a pesar de sus dificultades en cuanto a una definición nítida de los conceptos básicos relacionados con el fenómeno político, lo distinguen como un campo propio de estudio y lo abarcan de una manera más o menos común y referida al modelo expuesto por Radcliffe-Brown justamente en su conocido prefacio a la obra mencionada.

En "Los críticos" (capítulo 3) se divide a los impugnadores de habla inglesa de la escuela estructural-funcionalista original en dos tendencias. La obra de Leach y de Gluckman

parte del interés en los procesos de cambio y de conflicto y modifica, por consiguiente, el modelo de equilibrio anterior en la antropología británica. M. G. Smith, P. C. Lloyd y el grupo de M. J. Swartz, V. W. Turner y A. Tuden, en cambio, son señalados como quienes conciben la política como un proceso en el tiempo. Naturalmente, esta clasificación es tan arbitraria como cualquier otra y no deja de tener razones. Otra posibilidad, sin embargo, hubiera sido ver *Political Anthropology* y *Local-level politics*⁽³⁾ y otros autores de la línea de este grupo congregado en torno a la Universidad de Chicago, con respecto a la influencia recibida de los trabajos de M. Cluckman y Van Velsen (aparte de la de la sociología política norteamericana de los años 50 y 60). Por otra parte, los trabajos de Smith y de Lloyd no pueden negar su fuerte interés estructuralista⁽⁴⁾.

El último capítulo de esta primera parte se llama "Los elaboradores". Toca una serie de obras, autores y enfoques. Entre ellos destacan los de Bailey y la introducción a la teoría de los juegos a la antropología política. Sigue la reseña con los estudios que utilizan la técnica de las redes sociales para el análisis político (Mayer, Boissevain) y, partiendo de allí, con estudios de las relaciones de patronaje y de intermediación. En estos últimos casos el material etnográfico de referencia procede de la Edad Media europea (vasallaje) y de estudios sobre la mafia.

Esta primera parte es valiosa por su intento de presentar la historia de la antropología política entre 1940 y los comienzos de la década de los

años 70 no en términos de un simple desarrollo unilineal, una mera sucesión en el tiempo, sino en términos de una discusión continua entre autores y enfoques. Sin embargo, sorprende que la presentación trate como sinónimos a la antropología política producida en Gran Bretaña (con sus ramales en Estados Unidos y Holanda) y la antropología política como tal. Esta opinión no es, por supuesto, la de Claessen, pero la ubicación del capítulo VIII ("Evolución y sistemas políticos") en la tercera parte del libro y la indicación de su propio punto de vista como pertenencia a la corriente estructural-funcionalista (:28) contribuyen a darle esta impresión al lector. La Consideración del trabajo aclaratorio de Carneiro sobre el concepto de evolución (1973) y una ubicación más adecuada de la obra de L. A. White⁽⁵⁾, particularmente de su intento de articular los puntos de vista del particularismo histórico, del estructural-funcionalismo y del evolucionismo (1945), quizá hubieran permitido que se siguiera presentando la evolución de la antropología política como un proceso "cuya estructura es dialógica" (Krotz 1981:79). En cambio, se discute brevemente la supuesta oposición entre un modelo unilineal y multilineal de evolución, se hace referencia, en términos de Dahrendorf, al problema de los orígenes y al desarrollo de la desigualdad humana para referirse a los trabajos de Fried, Service, Wittfogel, Sahlins y Kottak sobre los orígenes del Estado y la institucionalización del liderazgo en términos de un sistema de cargos definidos. Termina este capítulo VIII señalando factores que impulsan el origen y el desarrollo posterior de los estados (:154-158). El lector americano —y esto no está dicho como crítica, sino como complementación— echará de menos el tratamiento de los estudios referentes a los estados inca, azteca y maya, relacionados con las obras de autores como Steward, Palerm, Flannery, Meggers y Murra, para nombrar sólo a algunos de los más leídos.

Toda la parte II está dedicada a aclarar "i) el papel de lo sagrado en la política; ii) el pa-

pel del sistema de parentesco en la política; y iii) la importancia de la base material en la política" (:71). Partiendo de una definición un tanto discutible de la religión⁽⁶⁾, que no parece tener en cuenta la existencia del estudio de las ideologías, se presenta, ante todo, a los trabajos de Luc de Heusch y Battie sobre sistemas africanos con un alto grado de centralización de poder para compararlos después con algunos estudios sobre Polinesia y concluir que la función de rituales y creencias consiste en la legitimación del orden existente. Acertadamente se menciona también un segundo aspecto, a saber, el de la legitimación de los buscadores de poder, pero éste queda poco aclarado. De una manera semejante a la de Gluckman en sus famosas conferencias sobre costumbre y conflicto en África (1973), Claessen ayuda a los lectores europeos comparando estas situaciones exóticas con algunos datos de la historia europea medieval. De igual manera, el siguiente capítulo trata de toda una serie de trabajos que señalan la relación entre sistema político y parentesco, tanto en sociedades segmentarias como en sociedades centralizadas; termina comparando estos materiales con hechos franceses y holandeses actuales.

El capítulo VII tiene como tema la relación entre ecología, economía y política, enfocándola más que nada desde el estudio del surgimiento y la consolidación del liderazgo político. Registra principalmente trabajos de Wittfogel y Sahlins, asumiendo como punto de partida al materialismo cultural de M. Harris y terminando con breves consideraciones sobre la casi inexistente antropología política en los escritos de K. Marx.

Sigue una breve introducción en la que se citan una serie de definiciones de poder y de política de la cual se constata insuficiencia teórica (:8-11) y un capítulo final (:159-166) sobre los cambios sociopolíticos ocurridos en el Tercer Mundo desde los comienzos de la antropología política hasta hace cuatro décadas enmarcan los materiales reseñados en los párra-

fos anteriores. En cuanto a la introducción, llama la atención que las tradiciones de análisis político que parten de Marx no se consideren como enriquecimiento de la discusión teórica. En cuanto al último capítulo, su propósito parece un tanto inescrutable ya que se mezclan datos sobre el colonialismo y el gobierno indirecto, con consideraciones sobre el nacionalismo tercermundista para finalizar con unos enunciados breves y francamente oscuros sobre el quehacer de los antropólogos: "Algunos antropólogos de la política se dedican primordialmente a la formulación de teorías... Otras se dedican a la estructuración de la teoría de la antropología política... Varios investigadores... quieren transformar al antropólogo político en líder de acción... Otros... presentan análisis objetivos... Demuestran como fallan los líderes insuficientemente preparados y como es normal que fallen en la tarea de conducir a un pueblo hacia un futuro mejor" (:165-165) (?).

Los comentarios hechos a lo largo de estas notas de lectura no invalidan el señalamiento del comienzo en el sentido de que el libro puede constituir un valioso elemento de apoyo en cursos introductorios a la antropología política, justamente por las relaciones que establece entre diferentes autores, obras y temas.⁽⁷⁾ Naturalmente, no puede sustituir la exposición más sistemática de ellos y la lectura directa de los textos más importantes por parte de los estudiosos de la temática así como el intento, nunca acabado y siempre por renovar, de relacionar la discusión teórica con la investigación empírica propia. Exposición y lectura, sin embargo, deben considerar una serie de elementos de capital importancia, que no son considerados por Claessen. Entre ellos están los siguientes:

a) La "investigación panorámica" del estudio de las comunidades políticas que promete el subtítulo del libro, no es simplemente incompleta, sino que tiene omisiones graves. Por una parte, están las ya mencionadas tradiciones que parten del análisis político de Marx de las sociedades de-

cimonónicas, sus escritos sobre la evolución de las sociedades y sus notas sobre los antropólogos evolucionistas de su tiempo. Aunque éstas no han aportado mucho todavía a la investigación de campo entre los antropólogos que estudian los fenómenos políticos, no pueden ser eliminados de una visión de conjunto. Otra omisión se refiere a la inexistencia de cualquier referencia a los estudios norteamericanos sobre la evolución de sistemas políticos, carácter nacional y conducta política, que se remontan a los discípulos de Boas y de los cuales el trabajo de R. Benedict (1974) es el más conocido⁽⁸⁾. Independientemente de la posición teórica propia, una visión general o un curso introductorio no puede omitir la confrontación con estas dos líneas de investigación y de formulación teórica en antropología política.

b) De este comentario se deriva un segundo, aunque tenga posiblemente menos aceptación general. Para muchos antropólogos, el estudio de algo como los procesos políticos y las estructuras de poder no constituye la única temática de la antropología política. El estudio del derecho, de la cultura y de la ideología política, de movimientos sociales y de instituciones burocráticas, por ejemplo, está tan íntimamente relacionado con la temática mencionada que no representa un "añadido" sino que son todos elementos integrales de lo político.⁽⁹⁾

c) Esto nos lleva a constatar que para Claessen la antropología política sigue ocupándose —como en el siglo XIX— únicamente de los llamados pueblos primitivos, preindustriales o —como ahora suena mejor— de los llamados pueblos del Tercer Mundo. Para Europa la antropología política tiene un significado sólo de tipo etnohistórico (semejante al caso de Morgan, de Maine o de Fustel de Coulanges) y situaciones actuales se encuentran solamente a modo de ejemplo clarificador, por no decir, a modo tyloriano, para demostrar que el salvaje también podría ser Giscard o la reina Juliana (:103-105)⁽¹⁰⁾.

d) Esta eliminación de la

sociedad propia, de la sociedad contemporánea con futuro, de la sociedad desarrollada (o los segmentos desarrollados de las sociedades atrasadas), del quehacer de la investigación antropológica en *Antropología política* es tradicional en antropología⁽¹¹⁾. La antropología mexicana —como la de muchos otros lugares— se encuentra, sin embargo, ante el reto de una constante relectura del acervo literario de la disciplina y el intento permanente de operacionalizarlo para su propia situación. Esto la coloca en el centro de la situación paradigática donde la "crisis" se experimente la mayor parte de las veces como deprimente en vez de ser concebida como lugar fértil para el nacimiento de algo nuevo⁽¹²⁾. Por otra parte, con-

sideraciones de este tipo hubieran permitido que Claessen evitara juicios tales como "En la época actual, la legitimación religiosa —cuando menos en las sociedades industrializadas— ya no juega papel alguno" (:87) como si la democracia cristiana, Ian Paisley o ayuda mutua entre Billy Graham y Richard Nixon no existieran.

e) El último comentario se refiere a una situación muy generalizada en la historiografía de las ciencias antropológicas. A pesar de críticas ya viejas desde el interior mismo de la antropología (véase, p. ej. White 1964: cap. VIII), el desarrollo de la antropología —y, en este caso, de la antropología política— es, según casi todos los tratados, un desarrollo de ideas, el resultado de la investigación de

científicos etéreos y de la discusión entre ellos. Es verdad que una cierta antropología de la ciencia primitiva y simplista, que descalifica todas las antropologías anteriores y opuestas a la suya como ideologías y que deja valer únicamente la científicidad del procedimiento y de los resultados propios, ha contribuido bastante al descrédito de los modestos intentos de relacionar obras, autores y conceptos antropológicos con su contexto sociocultural. En otros casos, un exacerbado voluntarismo subestima la importancia del análisis de las condiciones sociales de la producción antropológica para la adecuada ponderación de sus resultados, particularmente cuando se trata de las condiciones de la producción propia. Sin embargo, estos in-

tervenientes, por difíciles que sean, no dejan de ser imprescindibles e inaplazables si se quiere avanzar en el trabajo teórico en antropología política. Estos intentos no solamente analizan de forma genérica la situación actual sino que promueven también la autocritica.

El trabajo de Claessen es, en más de un sentido, un trabajo parcial. Pero presenta en forma estimulante e introductoria obras, autores y temas que han sido y siguen siendo centrales en antropología política. Su conocimiento es tan imprescindible para cualquier estudio de la temática política en antropología que lo mejor que le podamos desear a *Antropología política* es que, después de más de dos años en bodega, salga pronto a circulación.

NOTAS

1 Henri J. M. Claessen, *Antropología política: Estudio de las comunidades políticas (Una investigación panorámica)*. Universidad Nacional Autónoma de México. México 1979, XLV y 190 páginas. La indicación de páginas en el texto refiere a esta edición.

2 Tampoco falta el anglicismo "checar" (:63).

3 Por cierto, y particularmente para lectores mexicanos es muy interesante la crítica que hace V. W. Turner a la utilización de los conceptos de "campo" y "arena" de M. J. Swartz (:40), ya que la refiere a una tentativa de analizar el movimiento independentista de Hidalgo (1975).

4 Véase, como botón de muestra, el esquema analítico de Smith (1973).

5 Hay que mencionar aquí, que se afirma incorrectamente que el trabajo de White sobre energía, cultura y evolución social, que reanuda el punto de vista evolucionista en la discusión antropológica, haya sido publicado "en los años treinta" (sic) (:143), cuando fue publicado originalmente en 1943.

6 La cita proviene de una obra que tampoco aparece en la bibliografía final y dice así: "La religión comprende todas las ideas implícitas y explícitas aceptadas como verdaderas, que se refieren a una realidad que no podemos comprobar empíricamente" (:73)...

7 Esta, para mencionar otro punto a favor de Claessen, parece mucho más accesible para el novato que la de G. Balandier en su obra homónima (1969).

8 Estos estudios han sido más influyentes en la ciencia política norteamericana que en la propia discusión antropológica y son interesantes también por el hecho de que varios trabajos importantes sobre México han sido realizados utilizando sus categorías, como puede verse de manera ejemplar en Hansen (1973: especialmente el capítulo 7).

9 Un estudio sumamente sugerente acerca de la individualidad de "lo político" y "lo simbólico" es el ensayo de Cohen (1979).

10 En este contexto es interesante mencionar la opinión de Perry Anderson sobre la inexistencia de una sociología británica que relaciona precisamente con la negación de la nueva disciplina a analizar la sociedad de los analistas: "La cultura británica no produjo una sociología clásica porque nunca se desafió a la sociedad británica como un todo desde su interior... En lugar de pensar en sí misma como totalidad, la sociedad británica exportó el concepto de totalidad a los pueblos colonizados. Allí, y sólo allí, podía permitir y permitirse el estudio del todo social. Las sociedades "primitivas" se convirtieron en el objeto de un todo teoría que estaba prohibida aplicar a la sociedad inglesa" (1977: 104-105).

11 Este señalamiento se refiere aquí no tanto a la persona de Claessen, sino más bien a toda una tradición bien conocida en antropología contemporánea. La revisión de las obras del autor de *Antropología política* que se enlistan en la

bibliografía del libro confirma la impresión de su pertenencia a esta corriente, pero debo señalar que no conozco más trabajos de este autor.

12 En esta apreciación coinciden el temprano Mannheim y Kuhn (véase Krotz 1980: 342).

BIBLIOGRAFÍA:

Anderson, Perry. *La cultura represiva: Elementos de la cultura nacional británica*. Barcelona: Anagrama 1977.

Balandier, Georges. *Antropología política*. Barcelona: Península 1969.

Benedict, Ruth. *El crisantemo y la espada: patrones de la cultura japonesa*. Madrid. Alianza 1974.

Carneiro, Robert L. "The Four Faces of Evolution". J. J. Honigman, ed., *Handbook of Social and Cultural Anthropology*: 89-110. Chicago: Rand McNally 1973.

Claessen, Henri J. M. *Antropología política: Estudio de las comunidades políticas (una investigación panorámica)*. México: U. N. A. M. 1979.

Cohen, Abner. "Antropología política: El análisis del simbolismo en las relaciones de poder". J. R. Llobera, comp., *Antropología política*: 55-82. Barcelona: Anagrama 1979.

Gluckmann, Max. *Custom and Conflict in Africa*. Oxford Brasil Blackwell 1973.

Hansen, Roger. *La política del desarrollo mexicano*. México: Siglo XXI 1973.

Krotz, Esteban. "Thomas S. Kuhn, The Essential Tensión: Selected Studies in Scientific Tradition and Change" (Reseña). *Iztapalapa*, año 2, No. 3: 338-342 1980.

"¿Ciencia normal o revolución científica? Notas sobre las perspectivas actuales de la antropología sociocultural". *Relaciones*, Vol. 2, No. 5: 63-97 1981.

Smith, Michael G. "Un enfoque estructural de política comparada". D. Easton, comp., *Enfoques sobre e teoría política*: 175-196. Buenos Aires: Amorrortu 1973.

Turner, Victor W. "History as Social Drama". *Dramas, Fields and Metaphors: Symbolic Action in Human Society*: 98-155. Ithaca: Cornell University Press 1975.

White, Leslie A. "History, Evolutionism and Functionalism: Three Types of Interpretation of Culture". *Southwestern Journal of Anthropology*: vol. 22:1-248 1945.

La ciencia de la cultura: Buenos Aires: Paidós 1964.